

Unir después de morir

# LA IZQUIERDA DESPIDE A UN LIDER

**P**ASIONARIA" —que es, todavía, el mejor rostro del Partido Comunista— lloró ante los restos de Francisco Largo Caballero. Federica Montseny —la imagen del anarquismo— recordaba los días que pasaron juntos en la cárcel de Limoges:

—Hizo un mes de noviembre glacial. En las caldas, como es de suponer, no había calefacción. Sufrimos mucho del frío. Pienso que Largo Caballero, con sus años y sus achaques, aún padeció más que yo.

Falta lenguaje, en el periodismo de hoy, para estos personajes, para estos actos. ¿Cómo llamar "ilustres damas" a estas mujeres-mujeres, de lucha? ¿Cómo llamar "capilla ardiente" a esta sala de la Nacional de la UGT tendida de crespones rojos en vez de negros, de claveles en lugar de crisantemos? Sin embargo, aquí estaban los restos de un Presidente del Gobierno, de un ministro de la Guerra. Que no fueron a recibir las autoridades ministeriales ni a despedirle. Para este cadáver no hay protocolo, como no hay lenguaje usual. Las autoridades seleccionan muy bien los muertos a los que visitan. Y los centroides son cicateros y rácanos. Aun el Gobierno Civil contaría con ese criterio avariando las personas que, el sábado, acompañarían los restos del líder de la izquierda al cementerio civil: ciento treinta mil, contarían sus agentes, mientras la Policía Municipal —el Ayuntamiento sí que mandó un representante, pero no fue el alcalde: quede su presencia para inaugurar obras y cortar cintas— hablaba de cuatrocientos mil, y otras fuentes, de quinientos mil.

Los restos de Largo Caballero habían venido de Francia. De París. Estaban en el romántico cementerio del Père Lachaise, junto al "mur des federes", el muro contra el cual fueron depositados los luchadores de la Comuna de París.

—No lejos de las tumbas de Carlo y Nello Roselli, asesinados después de haber sido combatientes por la libertad de España. Pienso

que ese rincón del Père Lachaise le estaba destinado y predestinado —dice Federica, que fue visitante de su tumba.

Llegó el féretro en un avión comercial a Madrid, muelle de mercancías —los "Mystère" son para los vivos—: le esperaban los diputados socialistas, los directivos de la UGT, algunos comunistas, los hijos de Largo Caballero. Fue el ataúd a la sede del PSOE —calle de Tomás Bretón— y luego a la de la UGT —calle de Don Quijote—. Allí llegaron claveles, banderas, crespones, retratos.

Y miles y miles de personas. Un largo desfile del pueblo. Viejos ros-

tros que han sufrido todo y de todo: exilios, cárceles, condenas. A veces, solamente la condena del silencio y de tragarse años y años las palabras. Hubo frases solemnes y profundas:

—Para nosotros, los socialistas —comentaba Tierno Galván—, el interés que tiene Largo Caballero es que fue un gran modelo, un gran patriota, no traidor a su clase y un revolucionario que conocía los límites del bien y del mal, que tenía la conciencia moral. Así, las revoluciones son siempre positivas.

Otros se velan a sí mismos, su protagonismo junto a Largo Caballero:



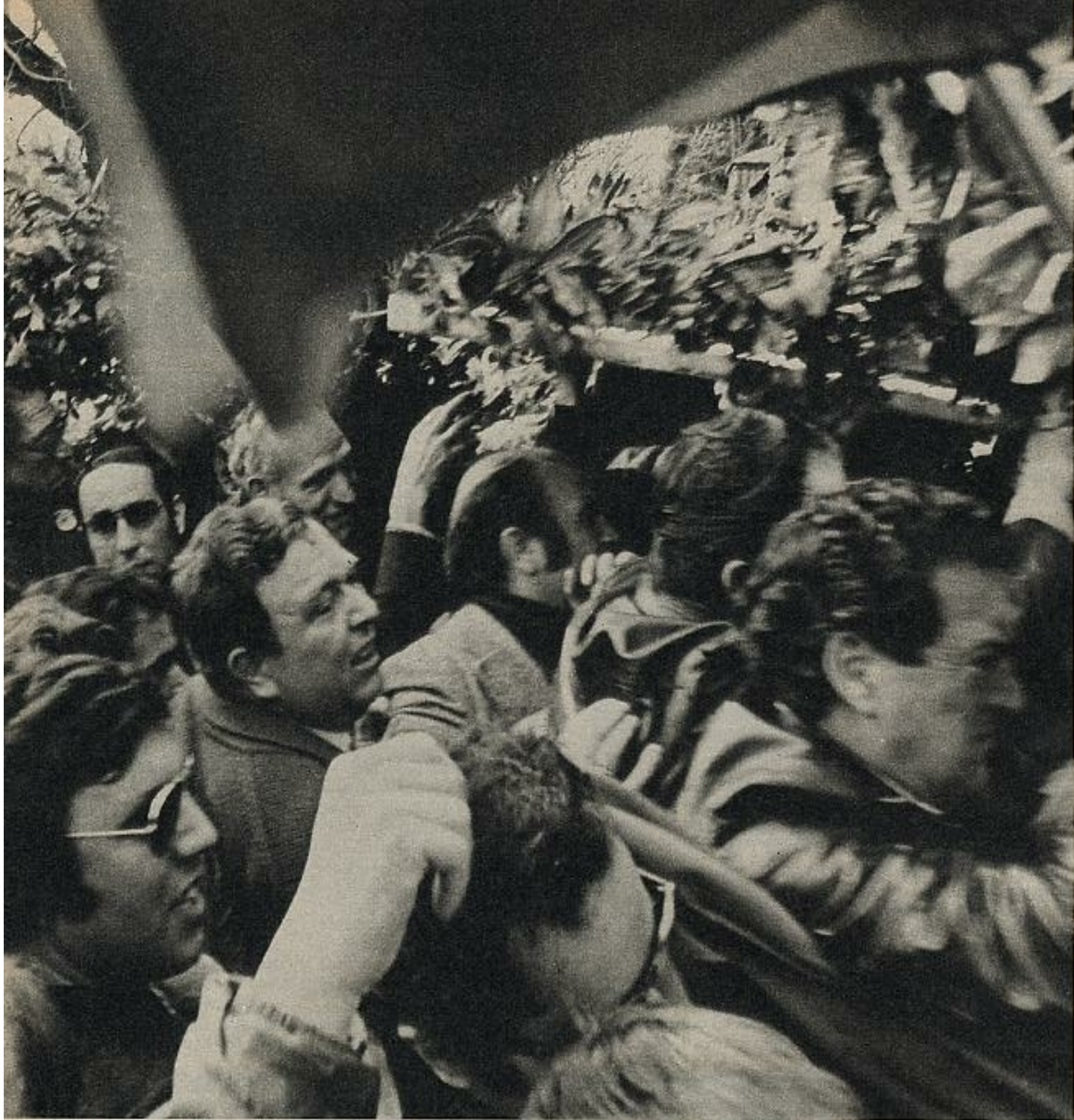
—En el exilio, fui el primer español que recibió a Largo Caballero cuando salió del campo de concentración —contaba Tarradellas.

Voces más sencillas. La de Lorenzo Campos, guardaespaldas de Wenceslao Carrillo, que un día salvó de un atentado la vida de Largo Caballero. Hoy tiene ochenta años.

—Fue el único obrero español que llegó a presidente del Consejo...

A Largo Caballero le gustaba llamarse estuquista, y era la palabra que ponía siempre en los impresos que preguntaban su profesión.

Comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos, gentes de los nuevos y de los viejos partidos...



Todos estuvieron presentes —como en una soñada unidad de la izquierda, como en los tiempos del Frente Popular— el sábado, a la hora del entierro. Aunque los contasen mal los funcionarios del Gobierno Civil. Iban abriendo la comitiva quince taxis madrileños. Tres kilómetros y medio a ple, tres horas y media de marcha. Algunos jóvenes —dos mil personas de las Juventudes formaban el servicio de orden— trataban de persuadir a los ancianos de que se retirasen de la comitiva. Trataban de impedir que el otro servicio de orden no solicitado, el del Gobierno Civil —autobuses de antidisturbios, "jeeps" de Policía Armada—, tuvieran ocasión de intervenir.

Los gritos de "España, mañana, será republicana" eran conscientemente perseguidos. Se escuchaban otros de carácter unitario: "La izquierda, unida, jamás será vencida". Y "¡Viva la lucha de la clase obrera!". Aún así, al final hubo algunas detenciones.

La entrada al cementerio civil era prácticamente imposible. Apenas pudieron llegar al pie del monolito —otra palabra desplazada: en realidad, una piedra tosca—, junto a la tumba donde ya descansan los restos de la compañera de Largo Caballero, Felipe González, Nicolás Redondo. Hubo desvanecimientos, contusiones. Se temió en algún momento que las verjas del cemen-

terio pudieran ser derribadas: desde lejos, desde muy lejos, la multitud apretaba y la onda llegaba hasta la cabeza de la comitiva, que se aplastaba contra la verja.

Sólo estaba previsto que hablara Nicolás Redondo, en nombre de la UGT y del Partido Socialista. Señaló que ahora reposa Largo junto a Pablo Iglesias —algunos fueron a poner flores a su tumba— y Julián Besteiro; recordó la vida de un albañil que llegó a ser presidente del Consejo.

Y hubo un desfile ante la tumba fresca del cadáver antiguo, con flores y puñados de tierra. Y hubo otra despedida: los viejos militantes no tienen vergüenza ni miedo de le-

vantar el puño y cantar "La Internacional".

¿Otros tiempos? ¿Sólo nostalgia? Algo más, o quizá mucho más. La extraña lección de que en España sólo puede haber unidad en torno a un líder cuando éste ha muerto. Y la petición constante de que la izquierda —la de hoy— no se deje llevar por la desunión, por lo que deshace más de que por lo que hace. Aunque, en tiempos de Largo Caballero, hubiera tantas fricciones, tantas rudezas entre la misma izquierda. Las fricciones y las rudezas que hicieron que Largo Caballero —y tantos millones de españoles más— tuvieran que ir al exilio, morir en el exilio. ■